

Carta abierta al señor Jorge Millas

Señor

Jorge Millas.

Presente.—

Estimado señor:

Comunes amigos nuestros que han leído acuciosamente su sugestivo libro "Idea de la Individualidad" me pusieron en la imperiosa disyuntiva de dirigir a Ud. algunas acotaciones que formulé a los fragmentos Historia y Persona e Individuo e Historia, pertenecientes a su bien cimentado estudio filosófico/antes mencionado.

Insisto en que creo cometer una doble infidencia, al referirme en forma un tanto extrínseca a su obra, pues sólo recuento uno de los capítulos, el que me ha producido mayor tensión al leerlo. Pero estoy en lo cierto que después de haber seguido la trama de los problemas universales que informan su libro, no soy yo el último de sus exégetes.

Tengo aversión por la crítica y por el espíritu de sistema, tanto en lo filosófico como en lo literario. Me inclino más bien por una velada poesía de la temporalidad de las cosas, como amaba tanto hacerlo Rilke. Y si doy carátula a algunas de mis impresiones sobre el fenómeno histórico es porque Ud. ha dado la primera palabra, y el pensamiento suyo tiene la bien ganada virtud de abrir profundo surco.

En la historia como en ninguna otra disciplina se plantea con hondo dramatismo el problema de la validez del conocimiento. Hablar en definitiva de una imagen histórica absoluta y apodíctica o buscar en la morfología de las sociedades humanas las coordenadas de una comparación, son problemas de largo y falaz vuelo. Recordemos tan solo que el pueblo griego en el siglo III de la era cristiana, no comprendía en absoluto ya las grandes creaciones del período ático.

Empero me aparto de estas fatales premisas para intentar responder a lo suyo.

Un ritornello incesante preside las páginas que Ud. ha escrito sobre este problema. Aquellas páginas en que Ud. alumbra los fanales del espíritu y la inteligencia del hombre, para mostrarlo desnudo en sus vivencias, en su pura historia interna, aterrado ante la voráGINE de los hechos y los arbitrios inescrutables.

Recojo literalmente algunas de sus aseveraciones, que van conformando así me parece, su meditación sobre este tema.

Dice Ud. "Es explicable, entonces, que la historia sea una articulación de hechos bajo amplias perspectivas, donde la diaria, constante y penosa historia de cada hombre no cuenta para nada". Se comprende que una imagen semejante del pasado se proyecte sobre el presente y que nos haga ver a nuestro alrededor, no existencias, sino formas, no individuos, sino naciones, ¡no vida, sino historia!"

Me parece que Ud. está en vías de negar que la historia es un ciclo vital, que es la total realidad de lo existente. El hombre prehistórico fué una función del hielo. El hombre contemporáneo es una función de las fuerzas irracionales, (tierra, muerte, sangre, amor, odio, Estado) tráfico inclemente, que empero no compromete la racionalidad de lo histórico.

Del mismo modo como el concepto del tiempo real viene de nuestra conciencia, según Bergson, igualmente la Racionalidad de lo Histórico viene del hombre.

Veo sin embargo, ya perfilarse la siguiente objeción: ¿Cómo logra el hombre librar su envoltura psíquica del ritmo mortal que le depara la historia, del proceso de destrucción y muerte de las culturas?

La historia, dice Hegel, "es el despliegue de los momentos de la razón".

El hombre no se ha identificado jamás con la secuencia histórica para realizar su perfección, ni los procesos culminantes de su espíritu, el problema de su origen, de su esencia, ni el devenir. Las doctrinas de Laotzé y Buda, señalan como modelo de este tránsito hacia la vida suprema, una actitud ascética ahistórica. La historia del Universo no cuenta para el hindú, sin embargo, la historia interna, la de su voluntad existe en un grado inmenso, casi inconcebible para el occidental, ente torturado por el ritmo histórico. No recuerdo tampoco de ninguna sociedad histórica, que sojuzgara su carácter místico, para volver sus órganos receptivos hacia una forma de estabilidad externa, jurídica y estatal. Si este fué el caso de las postrimerías del Imperio Romano, apareció junto con ello el Cristianismo.

Si el hombre sufre en toda su intensidad catastrófica la prueba de la historia, si sus esencias estuviesen comprometidas y condolidas como Ud. cree, ¿cómo podríamos hoy seguir sintiendo tangibles las categorías de lo justo, lo verdadero, lo bello? ¿Cómo podríamos establecer legítimamente en el plano de nuestra sensibilidad que el trazado de las arboledas medioevales imprimieron la estilística de la capilla Sixtina, y que las adustas cabañas griegas son el preludio del soberbio Paternón?

Y refiriéndonos al acontecer histórico en nuestro hemisferio, tropezamos con una tesis muy en boga y algo mágica, debida al alto vuelo espiritual del conde Keyserling, que nos bosqueja a los sudamericanos en un proceso de vida inorgánica, reptando bajo la gran potestad de las fuerzas irracionales del habitat y del paisaje. El mismo autor caracteriza nuestros géneros de vida como caréntes de edad y madurez. El hombre sudamericano es un ser saturado de mineralidad, absorto en lo primordial, sentimental y separatista, creador de un género de conciencia muy sui géneris: "la gana".

Esta visión de Keyserling tiene el acierto de considerar autónoma la cultura americana; pero abre un paréntesis fatal al creer necesaria la adaptación del sudamericano a los perfiles físicos de su tierra y de la naturaleza para que aparezca una cultura. Mientras este proceso se cumple, la futura cultura americana estaría en un período de lactancia.

Este es un concepto plano. Participar de la idea que sólo las sociedades adaptadas poseen una cultura, es insostenible. Si pensamos por ejemplo en los cazadores lapones, cuya adaptación es perfecta, cuya inventiva creadora ha producido el arpón, la casa de hielo, los ritos, sin embargo no podemos calificarlos de formar una sociedad culta y evolutiva en el sentido del progreso.

Nuestra cultura está adaptada y en trance de hacerse universal y diferenciada, gracias a la individualidad y a la historia interna del ser americano.

Pero todo adviene. Así como el genial almirante del Mar Océano, descubre América en el espacio de ultramar, es menester salir hoy a descubrirla en el tiempo de su evolución efectiva hacia la universalidad.

Es cierto somos protagonistas de una tragedia milenaria, pero el hombre puede entonar los mejores himnos, los más libérrimos, desde la celda umbría.

En el fondo de esta extraña floración me permito creer que la historia interna de cada ser no desmaya.

Su affmo.—Robinson Gaete Urzúa, estudiante de Historia y Geografía del Instituto Pedagógico.

